

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Esos días de atrás en que camiones de bombas saltaban por los aires en la capital del Líbano, yo no estaba exactamente en Beirut, pero sí por los alrededores, metido en la arriesgada aventura (a la vejez, viruelas) de convivir con árabes recelosos, o con muchachas «sabras» que no apartan de sus jóvenes cinturas la metralleta ni para ir a darse una peinada en los lavabos. La situación en la poética capital de los cedros estaba presente en toda aquella región de Oriente. Hay servicios públicos afectados por las explosiones, el director del hotel «Summerland» se quejaba de que sólo tres habitaciones tiene ocupadas en su altivo establecimiento de doscientas cincuenta «rooms» y cuatro suites imperiales, muchas cosas andan manga por hombro.... Pero a las siete de la tarde el Goethe-Institu, que es como una Alianza Francesa de los alemanes, levanta puntualmente su tribuna para que el profesor Fischer de la Universidad de Erlangen disertase sobre el color en la poesía árabe. O sea, que en Beirut, como en Madrid o en León, a la caída de la tarde «o das una conferencia o te dan una conferencia a ti».

Esto de la conferencia nuestra de cada día ha generado su propia liturgia. Sobre el deseable comportamiento del conferenciante viajero -el habituado, el profesional como si dijéramos- escribió aquel buen conferenciante que fue el profesor Enrique Moreno Báez. Don Enrique prescribe que las invitaciones sean contestadas con prontitud, aceptándolas o rechazándolas. No se cambie a última hora de avión o tren, pues con ello pudieran contrariarse los planes para un almuerzo o cena donde somos esperados. Desconfiar de quienes quieren una charla, no una conferencia, «pues una charla es una conferencia por la que quieren pagarte poco». (O a lo peor no te pagan). No quedarse en el sitio demasiado tiempo, porque ello complicaría los gastos y el tiempo particular de los anfitriones, pero tampoco estar de tren a tren, sin interesarse por las cosas locales. Repasarse uno antes de la faena. E incluso asegurarse sobre la altura del atril... No recuerdo si el catedrático de Santiago hacía indicaciones sobre el traje del conferenciante, previsiblemente de color oscuro. Los de la Alianza Francesa prefieren el azul «foncé», con su cintita de la Legión de Honor en el ojal de la americana. Don José Solís habrá presentado, en León, a no menos de doscientos o trescientos señores así.

Convendría ahora que aquellos consejos al conferenciante se completaran con las condignas insinuaciones a los organizadores de conferencias. Yo he conocido a

algún vocal delegado de junta directiva que merece servir de ejemplo. Con la carta de invitación, o al menos con la de confirmación del trato, acompañaba horario de trenes y otras comunicaciones, así como folleto turístico de la localidad. Y a la llegada del maestro, allí estaba él para recibirlo a pie del estribo, para acompañarlo y agasajarlo, sin caer en la pesadez y el agobio.

El viajante de la cultura agradece siempre estos alimentos, así como alguna reseñita la prensa. Pero no nos engañemos. La recomendación más urgente a los promotores de conferencias -y por amplia analogía, a los de pregones de fiestas, de recitales poéticos, de jurados de concursos literarios... -se refiere al decoro profesional que deben atribuir a sus invitados. Despacharlos con un bolígrafo, aunque sea chapado en oro, es no entender el oficio del conferenciante o del escritor. Una vez fuimos Crémer y yo y algún otro compañero de fatigas a una villa de la provincia, y nos volvimos para casa con un espléndido queso cada uno, por el estilo de Cela cuando en la ciudad textil de Béjar le pagaron con un corte de traje. Menos mal. Pero de todos modos, y puestos a aconsejar, se reitera a las entidades patrocinadoras la enorme comodidad, la elegante sencillez del sobre con billetes de curso legal. Incluso un cheque con fondos.